

STARCRRAFT

# HAY UNA GUERRA

James Waugh

BILZARD  
ENTERTAINMENT

Los zergling cazaron a Irmscher en la batalla de Lawndale 12, una incursión en una zona de mala muerte durante la Guerra de Razas de la que nadie ha hablado nunca en los libros de historia.

Irmscher era solo un muchacho recién salido de la escuela superior, sin experiencia e impulsivo, de los que no suelen durar mucho en el cuerpo militar del Dominio. A los 18, sin planes de futuro, iba de puerta en puerta vendiendo fonos no registrados a fin de sacarse suficiente dinero para salir con chicas y pagar el alquiler. Un día llamó al timbre del sargento Robert Maury, un reclutador del ejército del Dominio sin demasiado interés por la mercancía de Irm. Tres días después ya estaba en una nave de evacuación camino del campo de entrenamiento de reclutas de Turaxis II, empapándose de historias sobre heroicos combates, legendarios periodos de descanso y recuperación, y la gloria de conseguir medallas. Pero combatir contra los zerg no era exactamente la trayectoria profesional que le habían contado. No había nada glorioso en ver cómo otros soldados, la mayoría de las veces chiquillos, eran destripados vivos, despedazados salvajemente por monstruos, escupiendo sangre a borbotones y llenando sus cascos CMC como un macabro daiquiri.

En las noches en que todo el escuadrón Ro se apiñaba en las frías y húmedas entrañas de un cuartel montado con prisas, buscaba una foto en uno de sus fonos no registrados y les enseñaba a los muchachos "la chica que iré a buscar cuando esta guerra haya terminado". Era una rubia preciosa de pelo ondulado y con rizos, tal como lo llevaban las niñas bien del asentamiento de Marlowe. Se llamaba Mary Lou y la había conocido tan solo unos días antes de coincidir con el sargento Maury.

—Sí, hombre... ya puedes sacártela de la cabeza, chico. Esa es de las buenas —se burló Birch, un soldado más veterano—. Le pega más un semental como yo.

Se habían conocido en uno de los bares de estimulantes clandestinos que en principio eran ilegales, a menos que estuvieras lo bastante forrado para regentar uno o conocieras a la gente adecuada que te pudiera colar. Fue una noche tórrida de la que solo tenía pequeños recuerdos fugaces cargados de adrenalina: baile, risas, whisky Scotty Bolger's. Según él se besaron. O al menos eso creía. O esperaba. Luego ella le dio su número, y desde entonces se habían estado intercambiando carísimos mensajes interplanetarios. A medida que transcurrían las semanas y pasaba más y más tiempo en el frente de batalla, a un suspiro de la muerte, poco a poco se fue convirtiendo en algo más que una chica para él. Era una idea. La idea de una época en la que no se pasaba el día cargando con una pesada armadura CMC, amontonado con otros soldados de más edad, casi como hermanos mayores que se mofaban de todo cuanto salía de su "ingenua" boca. Irm rezaba por que llegara el momento en que ya no fuera "el chaval". La imagen de la chica le recordaba un tiempo en el que aún no había oído el sonido de un mar de zergling abalanzándose sobre él, antes de saber lo que era tener la certeza de que vería sangre, vísceras y muerte. Saber ese tipo de cosas cambiaba a un hombre.

—Ya lo verás —decía siempre con la sonrisa soñadora del ignorante, contemplando la imagen de la chica—. Sí, señor, ya lo verás.

El día en que los zergling cazaron a Irmscher no fue muy distinto a tantísimos otros días de la guerra. En la mayoría de ellos la única actividad era esperar. Uno se pasaba el día sentado y escuchando al viento ulular y desvanecerse en un silencio sordo. Era un silencio preñado de amenaza.

El escuadrón Ro tenía la misión de no ceder el frente y defender Lawndale 12, una pequeña estación de comunicaciones en la península sureña de Anselm. La semana anterior habían cavado profundas trincheras alrededor del sistema de satélite, y dispuesto búnkeres y dos tanques de asedio en el perímetro. Habían establecido una base para recibir datos y transmitirlos a flotas a gran distancia dentro del sector. También se había levantado un cuartel, pero el escuadrón Ro nunca pasaba tiempo en él. Cada valioso segundo que no se pasaba en el terreno podía comportar la muerte en un asalto, por lo que la incomodidad de las sucias trincheras se convirtió en su hogar.

En realidad nadie pensaba que los zerg fueran a atacar alguna vez Lawndale. Su valor estratégico era nimio desde la perspectiva más amplia de la guerra. Así que cuando la alarma desgarró el silencio y Virgil Caine, sargento del escuadrón Ro, se puso a gritar órdenes, todos sus soldados se pusieron de pie apresuradamente y se prepararon para lo peor. Pero no era lo peor. Era un suicidio para los zergling. No tenía ningún sentido. Las bestias eran inferiores en número y en capacidad. Y aun así los muy estúpidos y aparentemente insensatos vinieron de todos modos.

Se los oía venir mucho antes de poder verlos, a muchos metros de distancia, con el zumbido de su castañeteo trepanándose los oídos.

—¿Por qué vienen? ¿Qué pueden querer? —Irmscher ya podía verlos: veinte zergling babeantes, mostrando los dientes, garras a punto, con una horrible espuma en la boca y avanzando con sus potentes patas. Parecían perros mutantes y rabiosos que algún amo cruel hubiera azuzado. Irmscher nunca obtendría respuesta a estas preguntas. El sonido de púas hipersónicas llenó el aire y ya no había tiempo para meditar. Solo para la acción.

Los zergling eran menos en número, pero no importaba: era como si cualquier muerte de un terran contara por diez. El escuadrón Ro comprendió enseguida que el mando había tomado una mala decisión al ordenar que se cavaran trincheras. Varios zergling se adentraron en aquellos estrechos confines y, debido al volumen de la armadura CMC que llevaban los soldados, muchos miembros del escuadrón Ro quedaron atrapados con ellos, mientras el fuego amigo caía implacable sobre las improvisadas murallas de tierra.

Irmscher gritó cuando los zergling lo cazaron. Chilló cuando una afilada garra le desgarró el visor y se le hundió luego en la clavícula, seguida de otra garra que abrió su armadura como si fuera una lata de conservas.

Aún estaba vivo cuando murió el último de aquellos bastardos. Aún seguía preguntándose por qué habían atacado cuando no tenían posibilidad de sobrevivir. Se preguntaba por qué habían venido a matar a tan pocos, a matarlo a él. Mientras desfallecía, con los estimulantes adentrándose en sus venas,

su corazón ralentizándose hasta un suave *pum pum*, los mecanismos de seguridad de su traje CMC intentando sellar las arterias seccionadas y con Birch sosteniéndolo bajo la mirada del sargento Caine, Irmscher susurró: —Mary Lou.

\*\*\*\*\*

Virgil Caine gritó en la oscuridad. Su sudor había traspasado las sábanas durante la noche y ahora tenía frío por haber tirado al suelo las mantas, dejando su cuerpo desnudo.

—¡Virgil! —dijo Rufi, agarrándolo del brazo y haciendo que volviera a recostarse para reencontrar la suavidad de las almohadas y de sus labios—. Estás aquí, cielo. Estás conmigo. —Acarició con la cara el recio hombro del soldado, mientras su delicada melena rubia caía sedosa contra la piedra de sus músculos. Virgil respiraba pesadamente, casi jadeante. Su pecho subía y bajaba agitado y el corazón le aporreaba.

—Joder. Lo... lo siento, Ru... lo...

—Shhh. Calla, cielo. Lo sé. Lo sé.

Durante su año de noviazgo, ella se había acostumbrado a sus terrores nocturnos... a sus recuerdos. Cuando se comprometieron, se comprometió también a vivir con ellos. Se había habituado a esas ocasiones en las que lo despertaba, le secaba las lágrimas de la cara y se encontraba con la enternecedora incongruencia de ver a un hombre de aquel tamaño, de su fuerza, llorando en sueños. Era tan solo una más de las cosas que hacían que lo amara.

—Es que... Han vuelto, nena. No puedo creer que hayan vuelto. Siempre lo supe, pero... tenía la esperanza, ¿sabes?

Y yo, pensó ella. —No vas a responder a la llamada a reservistas, Virgil. No tienes por qué volver. Ya te lo dije. Decidimos que papá se iba a ocupar de esto. Empezaremos de nuevo. Nadie sabrá quién eres. Nadie tiene por qué saber dónde has estado. Mañana por la noche, te habrás olvidado de estas preocupaciones.

Él meditó un instante sobre aquellas palabras antes de responder. Pensó en la posibilidad de no ser el hombre que se había enfrentado a los zerg durante la Guerra de Razas, el hombre que había defendido el frente contra una oleada tras otra de zergling durante aquellos largos meses y que había sobrevivido. No sabía quién era él sin aquella parte de su vida, y la idea de averiguarlo era una de las cosas más aterradoras que había sentido jamás.

—Lo sé, Ru. Lo sé. Pero parte de mí... Nunca había sido de los que huyen.

—No estás “huyendo”. Maldita sea, Mengsk ya te exprimió al máximo. Ahora tiene nuevos soldados para encargarse de esto. ¿Qué diablos ha hecho él nunca por ti, eh? Por nosotros. Fue papá el que pagó tus operaciones, no el Dominio. Ya saldaste tu deuda y lo sabes. ¿Cuántas veces estuviste a punto de morir, Virgil? ¿A cuántos amigos perdiste?

—No quiero hablar más de esto. —Virgil pensaba en el reportaje de la UNN que había visto antes de acostarse. Pensaba en las imágenes de *esas cosas*, una horda que arrasaba Tiria, atropellando a los soldados de las líneas. Pensaba en esos dientes y esas garras y ese horrible castañeteo que hacían al cargar.

—La llamada no es justa, Virgil. No lo es. Ya no formas parte del ejército. No tienen derecho a pedirte que vuelvas solo porque haya una nueva amenaza. Ya estuviste allí hace cuatro años. Deja que otros se encarguen de esto.

—Te dije que no iba a volver, Rufi... Y no lo haré.

Se inclinó y la besó en la frente como hacía cada noche antes de apagar la luz e irse a dormir. Agarró su cuerpo menudo para acercárselo, y su calor y tersura le hicieron sentirse bien. Cuando se separaron, ella pasó el dedo por la extensa y dentada cicatriz que iba desde el cuello hasta el ombligo de su compañero, y lo subió hasta el diente de zergling que este llevaba al cuello, atado a una cinta de cuero de escaleta.

—Odio esta cosa. Sabes que odio que lo lleves puesto en la cama. Me pincha. Quítatelo.

Él sonrió. —Vale, me lo quito. —Se lo quitó y lo dejó en la mesita de noche.

—Mañana nos vamos... Dejarás todo esto atrás. Además, yo también me sacrifico, Virgil. También tengo que empezar de cero. Dejar a mis amigos, a mi familia. A papá.

—Lo sé.

—¡Ahora a dormir, so brutote!

Tras darse ella la vuelta, Virgil se quedó mirando el ventilador del techo. Daba vueltas y vueltas, proyectando las sombras de las palas contra las oscuras paredes, iluminadas solo por la luz amarillenta de la luna procedente del exterior. Pensó en la nueva vida que Rufi le ofrecía y que lo salvaría de todo aquello por lo que había pasado. Se preguntó si un hombre que había estado frente a los zerg, que había perdido amigos a manos de los zergling y que había mirado directamente sus ojos vacuos y sombríos podría alguna vez borrarlos de los profundos recovecos de su mente.

\*\*\*\*\*

Las noticias de la UNN eran terribles, pero no podía parar. Llevaba desde primera hora pegado a la pantalla y sorbiendo café ardiendo. Casi se había bebido toda una cafetera cuando Rufi entró en la cocina.

—¿Por qué ves eso, Virgil?

—¿No quieres saber lo que pasa? Hay que asegurarse de que aún podamos pillar un interplanetario. Hay una guerra, nena.

La pantalla mostraba imágenes de esa guerra. La carnicería de un crucero de batalla estrellándose contra un rascacielos envuelto en un enjambre de mutaliscos que se lanzaban a por él escupiendo proyectiles contra el casco en llamas. Mensajes de texto se deslizaban por la parte inferior del monitor. Nada de lo que decían era alentador: solo hablaban de cifras desalentadoras de bajas, de mundos asediados, de víctimas. Sin duda había una guerra.

—Oh, Dios mío. —Rufi se tapó la boca con ambas manos. Incluso de buena mañana, con el pelo revuelto y el rímel corrido, era una preciosidad chiquita y sensible—. Es horrible.

—Sí que lo es, cariño.

—Voy a llamar a papá. Dijo que los documentos falsificados estarían listos esta tarde.

—Tu padre corre un gran riesgo. Cargos gubernamentales así de jugosos no salen cada día.

—¿No crees que merece la pena arriesgarse por su hija y su futuro yerno?

Él asintió y miró de nuevo la pantalla. Un reportero seguido de una cámara robot corría gritando por un callejón.

—Disparaaaad... —Virgil los vio doblar la esquina y avanzar implacables en dirección al reportero y a la cámara robot. Los zergling eran innumerables: largas garras cortando el aire, caparazones traqueteando contra las estrechas paredes, esos ojos sin vida y sin emoción. Más cerca. MÁS CERCA.

La escena fue rápidamente interrumpida por Donny Vermillion, el presentador de noticias más famoso de la UNN, que apareció en la sala de emisión justo antes de que los zergling ocuparan todo el encuadre de la cámara robot. Estaba lívido y no lograba disimular su náusea ante la muerte brutal que esperaba a su colega.

—¿Está...?

—Sí. —Virgil lo dijo sin alterarse, interrumpiéndola antes de que pudiera preguntar lo obvio—. ¿Vas a llamar a tu padre?

—S-s-sí —respondió ella, y salió de la cocina.

Virgil dio un sorbo a su café mientras su mente volvía a la imagen de los zergling en grupo compacto, avanzando por el callejón. Le recordaba a aquellas trincheras de hacía años. Exhaló con fuerza y largamente, dejando que saliera de sus pulmones hasta la última gota de aire, antes de cerrar los ojos. Había una guerra.

\*\*\*\*\*

Los zergling cazaron a Albee en los desfiladeros de Long Shadow, Asteria, durante uno de sus famosos atardeceres de color azafrán.

Albee era un resocializado, grandullón y corto de luces, con la sonrisa extasiada que solo tenían aquellos a quienes habían revisado y reemplazado sus recuerdos. Pero eso no era algo que molestara a Virgil, o a Birch, o Dave, o al resto del escuadrón Ro. Para ser un resocializado no era tan malo. Era un magnífico soldado y tenía una suerte increíble. Como la mayoría de resocializados, formaba parte del frente, arrojado a los pies de las hordas zerg para plantar cara a su asalto inicial. Había visto y sobrevivido a más cosas en sus cuatro años, primero en el ejército de la Confederación y luego en el del Dominio, de lo que la mayoría de soldados había visto en toda su vida... y de algún modo siempre volvía ileso del frente, con el traje CMC empapado en icor y esa sonrisa tontorrón en la cara.

En los periodos de inactividad, Albee hablaba de su niñez en el campo de Halcyon, en el continente principal. Rememoraba las preciosas colinas verdes cubiertas de hierba alta que se extendían hasta donde alcanzaba la vista bajo un cielo azul repleto de pequeñas nubes esponjosas. Hablaba de la camada de cachorros que lo seguían meneando la cola adondequiera que fuera, y de cuánto le gustaban esos cálidos y húmedos lametones con que le lijaban la cara en las tardes ociosas, acurrucados a la sombra de una higuera. Era una infancia idílica que echaba de menos. Esa era su razón para combatir, para que otros pudieran disfrutar de momentos como los que él recordaba, para que la humanidad sobreviviera a los zerg, a los protoss y a quienes se interpusieran en su camino.

Obviamente eran recuerdos falsos, implantados en una cámara de resocialización en Norris VI. Todos los del escuadrón Ro lo sabían y habían oído contar exactamente los mismos recuerdos adulterados a otros resocializados. Pero nadie de Ro diría jamás una cosa mala sobre el amable gigantón o su pasado imaginario. Durante un periodo de descanso y recuperación, en un burdel de Bacchus Moon, uno de los soldados del escuadrón Alfa que llevaba algunos chupitos de Umoja de más quiso hacerle ver a Albee lo de los recuerdos falsos. Su intento fue rápidamente replicado con un puñetazo de Virgil al estómago que dio pie a una pelea de bar entre soldados. Virgil quería que Albee tuviera sus recuerdos, falsos o no. Que fueran el único alivio para el bruto ante los horrores que afrontaba día sí y día también en el campo de batalla. Nadie los iba a cuestionar.

En las calles de Nephor II, Caine y Albee encontraron a una mujer que, al ver al enorme resocializado, se echó a gritar y a señalarlo. —¡El carnicero! ¡Dios mío, es el carnicero de Pridewater! ¿¡Aquí?!

¡Deténganlo! ¡Que alguien lo detenga! —Las autoridades locales se la llevaron enseguida. Ni Caine ni Albee supieron a qué había venido aquello.

Semanas después, y con el incidente reconcomiéndolo, Caine realizó algunas investigaciones sobre su afortunado soldado del frente. Fue entonces cuando Caine se enteró de cosas que más valía no saber respecto a los soldados resocializados. Albee, que hablaba de lo bonitos que eran los cachorros y de colinas inacabables, era también conocido como "el carnicero de Pridewater" por una serie de asesinatos que tuvieron lugar durante diez años en los barrios bajos de la capital. Se sabía que torturaba a sus víctimas, que disfrutaba con sus gritos de dolor y las mantenía con vida unos días. Las imágenes que acompañaban a los datos eran horripilantes, y ahora Caine comprendía de dónde procedía el salvajismo que se apoderaba de Albee en el campo de batalla. Y aun así, cada vez que los ojos de Albee se humedecían al hablar del suave pelaje *beige* de sus cachorritos, de sus dienteitos de bebé mordisqueándole suavemente los brazos, de cómo sus fríos hocicos le ponían la piel de gallina, Caine solo podía pensar en lo exitoso que era realmente el programa de resocialización, que redimía incluso a los peores de nosotros.

Cuando los zergling cazaron a Albee, estaba metido hasta las rodillas en una espesa biomateria morada. El escuadrón Ro se había adentrado en los desfiladeros de Long Shadow con un contingente de murciélagos de fuego respaldado por el fuego de artillería pesada de los tanques de asedio y los goliats. Habían entrado a "limpiar el terreno", como dijo Caine. Habían hecho retroceder la infestación zerg por los desfiladeros hasta que las bestias formaron un grupo de colmenas en lo más hondo. Mientras una colmena sobreviviera en Asteria, los zerg no dejarían nunca de atacar. El ataque fue un éxito tremendo. Los cadáveres de hidraliscos calcinados se habían hundido en la biomateria, y las reservas de reproducción expulsaban larvas muertas. Los criaderos y otras estructuras se vinieron abajo entre salpicaduras de bioplasma.

El estruendo atronador del fuego de los tanques de asedio hacía vibrar el traje CMC de Albee. Como siempre, él encabezaba la carga, en la vanguardia de la batalla y penetrando más y más en la colmena. No parecía que quedaran muchos zerg, ya que la mayoría de ellos habían sido hechos picadillo tras una lluvia de fuego automático de goliats. Albee no creyó que hubiera mucho de lo que preocuparse cuando bajó su fusil gauss para contemplar la masacre que él y sus chicos habían llevado a cabo. Era un espectáculo glorioso para un terran. Los seres vivos que conformaban estructuras zerg estaban ahora destrozados, salpicándose unos a otros, con sus venas palpitantes sobresaliendo y rociando el suelo con un espeso miasma de sangre. Era una victoria. Albee se sintió orgulloso.

Los zergling salieron de repente de una reserva de reproducción cercana emitiendo una cacofonía de gritos rabiosos y apenas audibles. Albee no los vio. Nadie los vio. La luz dorada de los célebres atardeceres del desfiladero lo había envuelto todo en un apagado tono sepia, y sus infaustas sombras alargadas habían tendido franjas de oscuridad en la biomateria. Aquel momento debió de calar hondo en el afortunado soldado. Era como si las partículas de polvo que bailaban a la luz le recordaran las hojas de primavera mecidas por la brisa campestre de su falsa juventud.

No llegó a saber qué fue lo que lo golpeó y lo hizo caer de bruces contra la biomateria. Los zergling se le echaron encima en tropel, atravesándolo y cortándolo, rajándolo y desgarrándolo, como animales salvajes que hubieran venido a comer, pugnando por un sitio como si disfrutaran turnándose para asegurarse de que todos y cada uno tenía oportunidad de hundir sus garras en la masa informe que tenían debajo.

Cuando la batalla hubo terminado, no quedaba nada del carnicero de Pridewater. Era poco más que una mancha del test de Rorschach sobre la biomateria violeta, nada más que un recuerdo grabado a fuego en las mentes de quienes habían servido a su lado.

\*\*\*\*\*

—Podrías hacerte agricultor. Shiloh tiene unos programas agrícolas estupendos —dijo Rufi mientras metía una blusa azul lavanda en la bolsa de lona.

—¿Ahora vamos a ser granjeros?

—Sí, ¿por qué no? —Su risa era melodiosa—. A mí me parece una buena vida. ¿A ti no?

Virgil metió la mano en el armario y extrajo de un tirón una camiseta del perchero. Mientras ella aguardaba una respuesta, él le quitó poco a poco la percha, la echó a un lado y metió la camiseta en la maleta.

—¿Y bien?

La encantadora sonrisa burlona que tan atractivo le había resultado a ella al conocerlo, pese a las cicatrices y a la actitud estoica, cruzó su cara. —Labrar parece divertido... Es un trabajo honrado... ¿Serás tú mi granjerita?

—Ya sabes que sí. Piénsalo, Virgil: espacio abierto, cultivar nuestra propia comida. Los niños... si tenemos niños, claro... En fin, los niños crecerían al aire libre, con toda esa tierra.

—¿Crees que tenemos créditos suficientes para comprar mucha tierra?

—En Shiloh todo es barato.

—Pues claro. ¿Sabes por qué? —No era una pregunta. Era una afirmación.

La radiante sonrisa de ella dio paso a un ceño fruncido. —¿Por qué me dices eso? Hago... hago lo que puedo, Virgil. De verdad que sí.

Él se acercó y la trajo hacia sí. Ella intentó zafarse pero enseguida volvió a quedar presa en sus brazos firmes. —Escúchame, señorita. Seré tu marido granjero, y tendremos esos niños de los que siempre estás hablando, y una vida sencilla en la que sabremos cómo se llaman nuestros vecinos y...

—¿Y nunca volveremos a hablar de los zergling o... o del escuadrón Ro?

Él apretó con fuerza. —¿Por qué me dices *tú* eso? Siempre llevaré al cuerpo conmigo, Ru.

Pese a lo estrecha que se había vuelto su relación durante el último año, siempre habría un abismo entre ellos. A ella le resultaba imposible entender todo por lo que él había pasado.

—Eso no significa que debas dejar que controlen tu vida —dijo ella.

—No lo hago.

Ella lo miró a los ojos. Su sonrisa regresó, llenándole la cara como un globo a reventar de helio. —Voy a ser una granjerita.

Él la besó suavemente. —Agradezco esta oportunidad de volver a empezar. De veras.

—¡Ah! Tengo que irme. Las identificaciones ya deberían estar listas. Y tú, caballere, más vale que hayas vaciado ese armario y tengas las maletas a punto cuando vuelva.

Virgil la soltó y se fue hasta el armario. Encendió la luz y se arrodilló. Levantó un montón de camisas. Debajo había un baúl militar.

—No puedes llevarte eso, Virg.

—Lo sé.

—También tienes que deshacerte de lo que hay dentro, ¿sabes? No puede haber ninguna prueba de quién eras. Ya oíste a papá.

—Lo sé.

—Sé que no es fácil.

—No lo es.

Cuando ella se hubo ido, se giró de nuevo hacia el baúl y lo abrió. El aire se llenó de recuerdos con el olor frío y mohoso del interior. Llevaba años sin abrirlo. Había medallas de las que tan orgullo se sintió en su momento y que ahora acumulaban polvo, escondidas; un puro seco; una púa supersónica; uno de los fonos no registrados de Irmsher. Luego notó algo pegajoso. Su reacción inicial fue retirar la mano enseguida. *¡Biomateria!* Pero no era biomateria, claro. Poco a poco fue recordando.

—Dave. —El nombre le salió con una exhalación entrecortada mientras sacaba lo que había encontrado. Era un pedazo a medio usar de cera azul... cera para tablas propulsoras. Virgil se la acercó a la nariz y olió con fuerza. El intenso aroma almendrado hizo que se retrojera a la época de la que intentaba escapar.

\*\*\*\*\*

Los zergling cazaron a Dave en su propia cama, durmiendo la borrachera de una noche de póquer. A veces era así como ocurría.

Dave 'Ola Grande' venía de la isla de Santori, en Miranar. Era miembro de los Surferos Gritones, un club de amantes de las tablas propulsoras famosos por practicar el surf sobre las olas del tamaño de una montaña que pulverizaban las costas de Santori. Eran las mismas olas que alimentaban con su energía hidroeléctrica las ciudades de todo aquel mundo. Decían los científicos que las olas de esa magnitud se debían a la fuerza gravitatoria de las tres lunas de Miranar, una alineación natural perfecta: la probabilidad de que eso ocurriera en cualquier otro lugar era extremadamente minúscula.

Los Surferos Gritones eran conocidos por seguir los volátiles patrones estacionales del planeta y congregarse en el continente de la isla durante el invierno, cuando se sabía que dichos patrones se iban a encontrar. En aquel momento los oleajes eran enormes, con oscuras crestas oceánicas de entre 30 y 60 metros que surgían echando espuma desde las profundidades como un presagio funesto. Las localidades que cubrían toda la costa eran tomadas por aficionados a las tablas propulsoras de todo el sistema, y sus hospitales y depósitos de cadáveres estaban hasta los topes de cuerpos de aquellos sin el talento suficiente. Fue uno de esos “quiero y no puedo” el que condujo a Dave al ejército.

—De no haber sido por esos farsantes, yo no estaría aquí con vosotros, hatajo de pringados —le decía a Virgil o a Birch o a cualquiera que tuviera cerca con ganas de escuchar—. Suerte para vosotros que tengo muy mal genio.

Los soldados del Dominio tenían una gran presencia como reclutadores en los sistemas penitenciarios de todo el sector, y fue en esas listas donde encontraron a Dave, quien efectivamente tenía muy mal genio. En el bar Method, un club nocturno submarino a seis kilómetros por debajo del nivel del mar, de los lugares de reunión más populares del planeta para los entusiastas de la tabla propulsora, Dave 'Ola Grande' había topado con unos cuantos turistas que se están propasando con una de las chicas del lugar.

—Me puse en plan caballero de reluciente armadura, tío... Me fui hasta esos chicos y les enseñé lo que pasa cuando te metes con alguien de Santori.

Y así fue, solo que las cosas se salieron de madre y Dave perdió el control. Unas cuantas botellas rotas después, el bar estaba cubierto de sangre. Tuvieron que llamar una unidad médica para que se llevara a los lisiados que Dave había dejado. En aquella época Dave era un surfero delgado y bribón con largas

rastas y brillantes tatuajes isleños, lo que los chicos de las cárceles del Dominio llamaban "carne fresca". Tras su sentencia, y admirado ante ese mal carácter capaz de enviar a tantos hombres al hospital, un reclutador del Dominio le hizo una oferta: 10 años de servicio leal al emperador Mengsk, o 40 años de trabajos forzados en prisión. La respuesta que recibió fue:

—¿Tendré que cortarme las rastas?

Aunque le dolió tener que cortárselas, marchó al campo de entrenamiento de reclutas. Tras varios tratamientos con estimulantes y esteroides, ahí estaba en primera línea en la Guerra de Razas, con 23 kg más de músculo y participando en las timbas de póquer del escuadrón Ro. Los reclutas procedentes de la cárcel no disfrutaban de periodos de descanso y recuperación, así que el whisky Scotty Bolger's y el juego eran sus únicas formas de evadirse.

Echaba de menos los días de asueto en las olas. Echaba de menos surcar la cara abierta de una marejada gris, profunda, del tamaño de un edificio, con los propulsores de iones de la tabla impulsándolo cada vez más arriba. Y sus rastas, echaba de menos sus rastas ondeando al viento. Para compensarlo como mejor podía, guardaba una barra de cera para tablas de la marca Mr. Snorggs en su baúl y la inhalaba con ganas en tiempo de inactividad, sin importarle lo que Virgil o Birch o cualquiera de los otros dijera cuando se burlaban de él. Sabía que, en diez años, si podía aguantar, sobrevivir, el tiempo pasaría volando y que volvería estar ahí fuera, cortando las olas invernales de Santori.

Los zergling cazaron a Dave en el barracón, después de que una torre de sensores se averiara y una camada de los monstruos se adentrara a la carrera en la base de Seti. Dave estaba tan borracho que siguió durmiendo la mona mientras sonaban las alarmas internas y volaban las púas sónicas. Continuó durmiendo mientras los xenos hacían trizas las puertas de seguridad y entraron en el cuartel. Continuó durmiendo hasta que uno le saltó encima, agitando la cama con su enorme peso.

Al despertar, se encontraba en estado de delirio, lanzando una mirada a los ojos de la muerte encarnada, un zergling que abría la boca con una mueca forzada como de gato de Cheshire. Despertó a tiempo de sentir el dolor de las grandes garras arremetiendo contra él una y otra vez, sacándole las entrañas del estómago, como si fueran las rastas cortadas tanto tiempo atrás.

Virgil y Birch lograron abatir al zergling mientras aún seguía encima de Dave. Tal vez aquello les produjera cierta satisfacción.

\*\*\*\*\*

Virgil miró las dos maletas pequeñas con todo lo que se llevaría para comenzar su nueva vida como granjero, o padre, o ambas cosas. Todo lo demás que era suyo lo había tirado. A solas en su minúsculo apartamento, el silencio era ensordecedor. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía eran visiones de los zergling, de hidraliscos y mutaliscos, de reportajes sobre muerte y destrucción. Pero sobre todo de los zergling porque eso era siempre lo primero y lo que más veías.

Abrió los ojos de repente, sobresaltado, cuando ella entró por la puerta de la calle. Tenía el rostro surcado de lágrimas, como largas venas transparentes. Se limpió la nariz con la manga de la camisa, algo que él encontró adorable.

—Oh, Ru. ¿Estás bien?

—Es que es difícil despedirse, eso es todo... Es difícil. —Él se levantó y la abrazó, y ella sonrió—. Papá dice que puede intentar visitarnos cuando las cosas se calmen un poco. Tal vez en uno o dos años. Cree que puede venir usando una identidad falsa. Podré... podré verlo de nuevo.

—¿Conseguiste las identificaciones?

Se separó de él asintiendo con la cabeza y rebuscando en su enorme bolso. Sacó dos holotarjetas de identificación, de las que habían entrado en uso en Shiloh, y le pasó una. Virgil pulsó el botón diminuto y de la estrecha tarjeta brotó una proyección holográfica. Era su cara, sí, pero no su nombre ni sus datos. Su cabeza holográfica giraba en tres dimensiones, mostrando todos los ángulos mientras a su lado iban apareciendo párrafos de información. Rufi observó su reacción a través de la imagen, mordisqueándose el labio inferior y preguntándose cómo respondería.

—¿Derek Dayton? —dijo al fin—. Suena a personaje de una serie de superhéroes.

—Bueno, el mío es Jossie Thomas... No es muy bonito... Y fui a la universidad a cursar estudios de bioplasma, nada menos. —Ella pulsó su tarjeta de identificación y apareció una representación holográfica de su cabeza—. Mi lanzadera sale dentro de una hora. La tuya en dos. Papá lo organizó así para no levantar sospechas. Dijo que no debíamos darle a nadie motivos para pensar que nos conocíamos antes de llegar al planeta. Dijo que debíamos encontrarnos allí... tal vez en el puerto estelar... fingir que es la primera vez.

—Habrá que fingir mucho de ahora en adelante, supongo.

—Supongo... Tengo que irme, Virgil... —Volvió su risa armoniosa—. Digo, Derek.

—Ven aquí, Jossie. —La besó en la frente como siempre hacía—. Te quiero. Ya lo sabes.

—Sí. —Y ella besó sus labios. Fue de forma lenta y prolongada, y lo más importante era que sus cuerpos se apretaban el uno contra el otro. Lo más importante era que estaban cerca. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, ella lo soltó—. Tu lanzadera es la 3801. ¡No llegues tarde! Hay seguridad extra por la amenaza de los zerg.

—¿Qué haría yo sin ti? —sonrió él socarrón.

—A mí no me preguntes —rió—. Nos vemos allí.

Y se fue, dejando el pequeño apartamento que compartían, dejando atrás para siempre su antigua vida.

Virgil volvió a sentarse sin hacer nada. Contempló la sucia pared durante una hora, con la mente en blanco por primera vez en muchísimo tiempo. Transcurrida la hora, se incorporó, levantó las maletas y fue hacia la puerta. Pero algo lo detuvo. Faltaba algo. Dejó las maletas en el suelo. Miró de nuevo el apartamento. Qué vacío estaba ahora. La chispa de lo que había sido el *collage* de su vida juntos había desaparecido. Era solo un espacio soso y feo, el paisaje árido de lo que fue.

Antes de irse decidió que más valía darle un último vistazo al lugar para asegurarse de que no se dejaba nada.

Lo vio en cuanto entró en el dormitorio. Allí, en la mesita de noche, estaba el diente de zergling. Lo cogió y pasó el dedo por su borde dentado. Estaba aún tan afilado que ni siquiera notó que le cortaba la mano. Hasta que no vio la sangre cayéndole por el brazo no se dio cuenta del pequeño tajo.

\*\*\*\*\*

Los zergling cazaron a Birch cuando invadieron la base terran de Urona Sigma. Una vez más, las naves de evacuación llegaban tarde, como parecía ser costumbre.

Birch había sido una estrella de la demolición en la escuela superior de Shiloh, un obseso del motor siempre cubierto de grasa que apenas sabía de nada más. La demolición era un deporte especialmente brutal, de los que los padres siempre intentaban prohibir en las escuelas sin el menor éxito. Al igual que en los derbis de demolición de la Vieja Tierra, los pilotos de demolición se construían sus vehículos y luego los usaban para "destruir" a los contrincantes. Era como el juego del rey de la colina pero a 190 kilómetros por hora y sin colina, tan solo grava rocosa e inestable. Ganaba el coche que más adversarios se cargaba y seguía funcionando. Cada año, muchísimos chicos jóvenes y alguna que otra chica eran hospitalizados con quemaduras, fracturas y contusiones de gravedad. Unos pocos morían. Birch era el mejor. Sin duda alguna. Era lo único por lo que vivía. Cuando no estaba en la escuela, se pasaba la vida metido hasta los codos en el motor del coche que se estuviera montando en aquel momento, pensando en volver a la arena. Tenía el récord de la escuela superior de más coches rivales destruidos, y ni una sola vez había sido hospitalizado por lesiones. Durante un tiempo, fue una leyenda local.

Cuando terminó los estudios, le entró la depresión. Ya no tenía la fama, los halagos o la inyección semanal de adrenalina de sus tiempos en la escuela superior. Las notas que obtuvo no eran nada del otro mundo, así que se puso a trabajar haciendo la otra única cosa que se le daba bien y se hizo mecánico. Tras dos años haciendo ajustes en coches, transportes y motos buitres, todas las animadoras que recordaban su época de gloria se habían mudado a otros mundos o cambiado de vida. Sus visitas de práctica a la escuela cuando esta cerraba eran recibidas cada vez con menor entusiasmo por parte de la nueva generación de aficionados al motor, que creían que los récords de Birch parecían posibles de superar. Día a día, su fama local se había convertido en un recuerdo lejano.

Las ligas de demolición clandestinas estaban controladas por la mafia. Todo el mundo lo sabía. Todos sabían que trabajar para ellos significaba prestarse a encuentros amañados, la pérdida de tu control

financiero y el deshonor. Por más que Birch extrañara la adrenalina, el rugido de los motores, la vibración de los asientos incómodos que usaba porque eran baratos, y la aceleración de su ritmo cardíaco cuando el mundo a su alrededor se difuminaba y toda su atención se centraba en acelerar hacia un rival, no estaba dispuesto a entregar su récord a los designios caprichosos de un jefe del hampa que en algún momento le pediría que se dejara ganar por sus apuestas. Birch se enorgullecía de aquello en lo que era bueno y no podía ni imaginarse renunciando a esa única cosa.

Pero echaba de menos la adrenalina, sí. Echaba de menos la acción, la incertidumbre que generaba que en cualquier momento todo pudiera volverse un caos, y que la única cosa que podía evitarlo era mantener la concentración. Esa concentración en pleno delirio general lo había mantenido con vida. Sin ella, había comenzado a sentirse muerto, superfluo, como si fuera otra persona. Fue un holograma publicitario del ejército del Dominio lo que captó su atención. Fue la inspiradora voz del emperador Mengsk sobre imágenes de soldados recubiertos de neoacero disparando pesados fusiles gauss lo que hizo que la idea de dejar Shiloh y unirse al cuerpo fuera una opción viable. Había una amenaza en el universo, y tal vez él pudiera combatirla.

Días después estaba en el campo de entrenamiento de Turaxis II. Al principio, dado su historial, suponía que lo reclutarían como piloto de tanque o de buitre, pero el cuerpo ya tenía suficientes. Lo que necesitaba eran soldados de infantería para el frente, carne de cañón.

Virgil Caine y Birch conectaron al instante. Caine conseguía un compinche fiel que lo ayudaba a ejecutar sus órdenes, y Birch un amigo de verdad por primera vez desde los tiempos de la demolición. Charlaban hasta entrada la noche ante unas botellas de Scotty Bolger's, compartiendo cosas que solo los lazos del combate hacían posible. Caine se abrió a aquel soldado más joven, contándole que creía que jamás encontraría una mujer que lo quisiera, que él se sentía demasiado ligado al cuerpo, y que las mujeres eran intuitivas y notaban esas cosas. Birch trataba de quitarle esa idea de la cabeza, pero ambos veían en ello un punto de verdad. Birch le dijo a Caine que no creía que volviera a sentirse alguna vez tan realizado como en su época de la escuela superior, y que esa idea lo tenía aterrado.

Cuando los zergling cazaron a Birch, la base ya estaba invadida y muchas de las estructuras que seguían en pie se consumían en llamas, bombardeadas por mutaliscos que se abalanzaban desde el aire. Virgil y Birch corrían tan rápido como sus trajes CMC les permitían hacia el punto de reunión. El mando había dicho que ya había naves de evacuación dirigiéndose hacia allí. El mando decía muchas cosas.

—¿¡Dónde diablos está esa evacuación!?! —gritó Virgil a su intercomunicador mientras una atronadora explosión levantaba el suelo a pocos metros.

—No responde nadie —Birch, dándose la vuelta y disparando a ciegas—. Dios mío —susurró, sobrecogido. No había en todo el universo nada que infundiera mayor terror en un hombre que ver un ejército zergling inundando todo un complejo. Eran miles, saltando y cargando, destripando a la gente y haciendo pedazos los edificios. Eran legión, algo abrumador. Era simplemente una marea biológica de

tonos marrón y morado apagados, de garras, zarpas y dientes. Un enjambre de monstruos de ojos sin vida.

Birch siguió disparando.

—¡Alto el fuego! —insistió Virgil—. Sigue avanzando, soldado. Lo único que haces es llamar su atención... Esta batalla está perdida. ¡Vamos, vamos!

—Maldita sea, sargento, quiero cargarme a esos bastardos.

—¡Sigue avanzando!

—¿Para qué? Evacuación nos ha abandonado aquí, Virg. No hay ninguna nave en el horizonte. Esta es nuestra última batalla.

—Es una orden, Birch... Mierda, olvídate de eso. Hazlo por mí, por tu amigo. ¡No por el rango! —Virgil no tuvo que decir nada más. Birch dejó de disparar y echó a correr de nuevo sin pensárselo.

Instantes después, dos naves de evacuación aparecieron deslizándose por el horizonte como un rayo de esperanza.

—Vienen... Ya vienen.

—¡Muévete!

No pasó mucho tiempo hasta que un mutalisco vio la ayuda y se lanzó tras los buques terran. Las dos naves de evacuación se separaron, con una de ellas intentando apartar al mutalisco de la otra y perderlo. El muta siguió detrás mientras la otra nave hacía una maniobra para llegar al punto de reagrupamiento, donde estaban Virgil y Birch agitando los brazos.

La escotilla de la nave de evacuación se abrió, y una voz de mujer gritó desde dentro: —¡Subid, chicos!

Justo cuando los dos iban a saltar a bordo, un fuerte silbido llegó desde arriba desgarrando el aire. Pero no era un zerg: era el sonido de la otra nave de evacuación en espiral descendente, fuera de control, humeante y en llamas, precipitándose hacia donde ellos estaban. Sin un segundo que perder, la nave de evacuación que los había estado esperando despegó, intentando no quedar atrapada en la explosión que se iba a producir y dejando a Virgil y Birch en tierra, corriendo a ponerse a cubierto.

¡BUUUUUUM!

Cuando la nave de evacuación impactó contra el suelo, la tierra vibró. Su superficie quedó engullida por llamas que se propagaron en serpenteantes tiras de fuego por todo el punto de reagrupamiento. En lo alto, la nave que quedaba comenzó a dar la vuelta, buscando el ángulo adecuado para evacuar a Virgil y Birch.

Fue entonces cuando lo oyeron, aquel castañeteo familiar y horrible, en mucho mayor número. Cien o tal vez quinientos zerglings cargaron hacia ellos.

—Corre, sargento... ¡Joder, Virg, corre!

—¡Birch, sígueme! Es una orden.

Pero no lo hizo. En vez de eso, se giró y encaró aquella multitud, apretando el gatillo tan rápido y tan fuerte como podía hasta que, como una ola colosal rompiendo sobre la costa, la horda lo golpeó con tal fuerza que cayó y fue pisoteado como si nunca hubiera estado ahí. Algunos se pararon a hacer jirones su cuerpo, otros se centraron en Virgil, quien seguía corriendo hacia la nave de evacuación, que ahora estaba esperándolo.

—¡Corre, soldado, corre! ¡No mires atrás! —chilló la piloto.

Virgil corrió sin más, aunque cada fibra de su ser le pedía echar atrás la mirada, por si podía ver a su amigo una última vez, para ver si seguía vivo. Sabía que era una idea ridícula, pero tenía la esperanza. Finalmente, llegó a la nave de evacuación y saltó a su interior.

¡Pero no estaba solo! Un zergling se lanzó por los aires cuando la nave ya se alzaba y se agarró a la barandilla, aupándose mientras la escotilla se cerraba.

—*¡Dispara!* Esa cosa va a entrar. —La piloto estaba aterrada, haciendo lo que podía para alejar la nave de la zona de fuego, y aún más asustada por tener un zerg vivo tan cerca. Los zergling ya daban bastante miedo vistos desde arriba, pero a esta distancia eran una pesadilla.

Virgil se apoyó contra el armazón metálico de la nave. El zergling había logrado entrar y con una velocidad increíble se lanzó hacia él, ¡con la garra extendida para atacar!

A una distancia tan corta, las púas sónicas del fusil de Virgil convirtieron la cabeza del zergling en carne triturada, nada más que un amasijo despiezado y colgante de sangre y dientes. Pero no se detuvo. La criatura siguió adelante y lanzó la garra contra el pecho de Virgil, resquebrajándole la armadura CMC y desgarrando la carne de debajo. Virgil gritó y soltó el arma. El zergling se moría, pero aún estaba lo bastante consciente como para retirar la garra e intentar otro golpe desesperado.

Entonces fue cuando Virgil actuó, resistiéndose a la oscuridad que se cernía sobre su consciencia por la pérdida de sangre. Cuando la garra se abalanzaba por segunda vez, golpeó con el puño lo que quedaba de la cara del zergling, haciéndole pedazos los dientes y echándolo hacia atrás. Reuniendo toda la fuerza de voluntad que jamás hubiera tenido, Virgil se arrojó hacia delante y lo golpeó de nuevo con la ayuda de toda la potencia automática del traje CMC, y otra vez, y otra, y otra, hasta que la criatura dejó de moverse y quedó recostada sobre un lado mientras el mundo hacía un fundido a negro.

Lo último que recordaba haber visto antes de despertar en el hospital fue un diente de zergling roto fuertemente sujeto en su mano enguantada.

Birch estaba muerto. El escuadrón Ro había sido aniquilado en el asalto a la base. Virgil era el único que quedaba vivo.

\*\*\*\*\*

Tras vendarse la mano, Virgil se colocó el diente alrededor del cuello y fue hasta la puerta. Sabía que debería haberlo dejado, que ningún granjero camino de Shiloh tendría un diente de zergling como collar, pero era algo que simplemente no podía tirar. Procuró que le quedara por debajo del cuello de la camisa para que no se viera. Pero él sabía que estaba ahí.

Las calles estaban llenas de ciudadanos presos del pánico que corrían a quién sabía dónde. Un periodista informaba desde un holograma de 20 metros de altura sobre los eventos que se estaban produciendo por todo el sistema. Se mostraba con gráficos la propagación del ataque interplanetario del Enjambre de un mundo a otro. Virgil intentó no mirar. Intentó con todas sus fuerzas centrarse en mirar hacia delante.

Al doblar la esquina vio un grupo de hombres y mujeres apiñados en torno a una oficina de reclutamiento del Dominio. Había dos filas. En una ponía NUEVOS RECLUTAS; en la otra, SOLDADOS RESERVISTAS. Había una guerra, y soldados alistándose para luchar.

Virgil aceleró el paso, intentando no mirar a los hombres y mujeres que se alistaban ahí atrás cumpliendo con su deber.

Llegó a la parada del transporte y se sentó en el banco, esperando a que pasara el siguiente hacia el puerto estelar Kurtz. La pantalla indicaba que el autobús ya venía. Ya era tan solo cuestión de instantes.

Al otro lado veía una emisión de la UNN en uno de los monitores. Podía ver al emperador Mengsk en un podio junto al general Warfield, un comandante legendario. Una ristra de datos se iba actualizando a toda prisa en la parte inferior de la pantalla conforme aumentaba el número de muertos.

Sentado ahí en silencio, Virgil estaba seguro de que oía el castañeteo. Habría jurado que oía el agudo chillido de un zergling y una lluvia de disparos mezclándose con el sonido de una explosión. Cerró los ojos para ver el movimiento frenético de un centenar de zergling avanzando hacia él garras en ristre, como los que cazaron a Birch, a Dave, y a Irmscher, y a tantos otros compañeros de armas caídos. Todo eso estaba en su cabeza. Siempre lo estaría. Era imposible escapar de aquello. Abrió los ojos, consciente al fin de ello.

Desde detrás de la esquina llegó un fuerte chirrido, y con él el transporte, flotando a un metro del suelo. Virgil notó en la cara el calor de sus motores. Subió la mirada. El conductor del transporte abrió la

puerta para dejarlo entrar. Virgil se quedó ahí sentado, escuchando el ronroneo del motor del autobús. Le recordaba el sonido que hacía una moto buitre cuando iba zumbando hacia una zona de combate.

—Eh, amigo, ¿vas a estarte ahí todo el día o piensas subir?

Virgil contempló al hombre durante un largo instante. Finalmente se puso en pie. —No, señor... Lo siento. Estaba... descansando las piernas.

—¡Vale, pues que te den, colega! Ve a descansar las malditas piernas a un banco que no sea de una parada... ¡idiota! —El conductor se fue a toda prisa.

Virgil se puso a andar por donde había venido.

Camino de la oficina de reclutamiento del Dominio, se detuvo ante una papelera. Se sacó del bolsillo la identificación falsificada. Era la clave para una vida distinta, lejos de los zergling y del combate. Por un momento, imágenes de Rufi y él salpicaron sus pensamientos. Estaban labrando las tierras de Shiloh, con unos niños preciosos corriendo tras ellos y soltando risitas. Su risa era tan musical como la de su madre. Eran proyecciones de la vida que podría haber sido, una vida ajena a un sargento del ejército cuando hay una guerra.

Arrojó la identificación falsa a la papelera, se metió la mano por debajo del cuello de la camisa y se puso el diente de zergling roto por encima de la tela, dejándolo orgulloso a la vista de todos: una medalla de honor, su distinción favorita.

Momentos más tarde, Virgil hacía cola en el edificio de reclutamiento del Dominio junto al resto de soldados veteranos que habían estado cara a cara frente a los zerg, hombres que comprendían lo que él había visto, lo que había vivido y que, al contrario que quienes no habían pasado por eso, entendían que nunca volvería a ser el mismo.

**Fin**